



Universidad de los Andes

ALVARO PEZO A B.  
PH.D., IESE, UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
PROFESOR TITULAR DE LA CÁTEDRA DE ÉTICA Y RESPONSABILIDAD EMPRESARIAL

## Reconstitución de escena

**Diario Pulso**  
**2 de agosto de 2016**

Al principio de la semana pasada se realizó, ordenada por el juez Mario Carroza, la reconstitución de escena del enfrentamiento ocurrido en octubre de 1974 entre una patrulla militar comandada por el en ese entonces teniente de Ejército Miguel Krassnoff y una célula del MIR, grupo terrorista encabezado por Miguel Enríquez, que tuvo como consecuencia la muerte de este último. El sábado de la misma se publicó en la prensa un testimonio político inédito del ex Presidente Patricio Aylwin que no ha dejado indiferente a adherentes ni detractores. Ha sido de cierta forma otra reconstitución de escena, esta vez de los últimos 50 años de historia política nacional.

Si bien es cierto que para avanzar Chile necesita otear hacia adelante, no lo es menos que esa mirada debe sustentarse en una comprensión realista de su pasado y de la complejidad de su presente. Para que esta última tarea tenga sentido y utilidad deben primar en ella el deseo y el esfuerzo efectivo por buscar la verdad. Únicamente a partir de esta se podrán trazar a continuación las líneas de un auténtico proyecto de desarrollo futuro para el país.

Lamentablemente no parece ser esta la disposición dominante en Chile actual. Por el contrario, se aprecia más bien la proliferación de posturas ideológicas preconcebidas o alimentadas por un pragmatismo instrumental, ajenas a la realidad, donde la verdad parece no importar si con ello se logra hacer prevalecer posiciones de influencia, poder, dominación y hasta venganza. Este peligroso fenómeno social explica, al menos parcialmente, la existencia de visiones tan desquiciadas como las sintetizadas en la analogía de la “retroexcavadora”, acuñada por un miembro PPD del Senado respecto del tipo de acción política que él estimaba debería ser aplicada sobre la institucionalidad patria.

En parte, también parece subyacer en la incapacidad que muestran diferentes personeros públicos para hacerse cargo de lo inapropiadas -e inaceptables para la ciudadanía- que resultan algunas prácticas de las cúpulas político-partidistas como, por ejemplo, las adoptadas recientemente por la dirigencia de la UDI en el proceso de inscripción de candidatos para las elecciones municipales que se llevarán a efecto en octubre.

Por momentos cabe la duda legítima sobre si la verdad ocupa un lugar central en nuestro quehacer político-institucional. Y en qué medida y para quién(es) es ella relevante. ¿Importa la verdad sobre los sucesos asociados a la muerte de Miguel Enríquez?, ¿o, por los motivos que sea, se trata de un caso juzgado a priori? Y sobre la veracidad del testimonio político de Patricio Aylwin, ¿resulta valorable un debate serio sobre su contenido?, ¿o la historia ya ha sido (pre)escrita según los intereses de determinados grupos para ser herramienta de manipulación al servicio de proyectos propios impermeables a los hechos?

El drama implícito que acompaña a la pregunta por la verdad en el ámbito de la praxis (de la vida conforme al uso de la libertad) es que si no se la quiere conocer, ni actuar a partir de ella, el bien se esfuma del horizonte de la conducta humana personal y, por supuesto, de su expresión social. Sin verdad no hay forma de establecer el bien. Por lo mismo, la indeseabilidad de la verdad trae aparejada la imposibilidad del bien. Por esta razón se hace tan imperioso como urgente que en Chile se haga un ejercicio generalizado de “reconstitución de escena” animado por la rectitud de intención de querer reconocer la realidad tal como es o ha sido. En ausencia de ese diagnóstico fiel a los hechos no solo todo juicio -sobre personas o la contingencia- corre el riesgo de ser inicuo o falso, sino que toda edificación social por venir será inadecuada o quedará cimentada necesariamente sobre arenas movedizas, que más temprano que tarde conducirán a un descalabro mayor.

Si lo dicho es aplicable para todas las personas, lo es especialmente para quienes, por sus posiciones dirigentes, tienen en sus decisiones el destino de la comunidad política. Desde luego este desafío requiere de un empeño de honestidad intelectual, al tiempo que de un grado de desapasionamiento que permita aquilatar los hechos y sus circunstancias, dejando espacio para que la prudencia y la justicia primen al momento de juzgar los mismos. Luego pide humildad para aceptar aquello que pueda no acomodar o incluso doler de la realidad y fortaleza para actuar -y enmendar- de acuerdo con la verdad en orden a procurar el bien común. ¿Es esto excesivamente idealista? Puede ser, pero es lo que Chile necesita hoy si quiere retomar la ruta extraviada y, con todas sus dificultades, continuar por la senda de un desarrollo humano y social integrales.

De no reaccionar con presteza, la alternativa se presenta tan clara como escasamente halagüeña, esto es, seguir presos del desvarío ideológico, la cerrazón del apasionamiento ciego y la cortedad de los intereses pequeños y cortoplacistas. Y consiguientemente lanzados sin atenuantes hacia el estrellón social que irremediablemente presagia un transitar de tal laya.

Chile no precisa de más ideología ni más lógica de guerrilla, reclama en cambio inteligencias deseosas de alcanzar la verdad práctica y voluntades generosas en su entrega por el bien común.